

La buena vida

A*

Jay McInerney

La buena vida

Traducción de Patricia Antón

Primera edición, 2018

Título original: *The Good Life*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © Jay McInerney, 2006

© de la traducción, Patricia Antón de Vez Ayala-Duarte, 2018

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: © Sally Waterman / Millennium Images, UK

Fotografía del autor: © Michael Lionstar

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-42-3

Depósito legal: B. 22.760-2018

Impreso por Liberdúplex

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 10,5.

*Para Jeanine,
que me rescató aquel día
y tantos días a partir de entonces*

En la madurez hay misterio, hay perplejidad. En este momento, lo más que consigo hallar es una suerte de soledad. Incluso la belleza misma del mundo visible parece desmoronarse, sí, incluso el amor.

JOHN CHEEVER

Los grandes cataclismos, tengan el resultado que tengan, son tan insólitos y embriagadores como un gran amor. Bombardeos, revoluciones, terremotos, huracanes... quienquiera que haya pasado por uno y sobrevivido, si es sincero, te dirá que incluso en lo más hondo de su miedo hubo una euforia como nunca la había experimentado antes.

ANA MENÉNDEZ

PRIMERA PARTE
El veranillo de san Martín

1

Cuando era niña y su familia alquilaba la casa de tablillas de madera gris en Nantucket, el verano solía ser tan infinito como el mar. Ahora casi le costaba creer que estuvieran de vuelta en Manhattan, que los niños hubieran empezado de nuevo el colegio, y verse corriendo de camino a casa, otra vez tarde, sintiéndose culpable por haberse quedado a tomar una copa con Casey Reynes. Los niños ya llevaban horas en casa, tras su primer día en primero de primaria, y todavía le tenían que contar su día.

Las mujeres se culpaban de todo; los hombres no se culpaban de nada.

Así interpretaba Corrine la culpabilidad que le mordía los talones de sus zapatos de tacón alto mientras avanzaba a medio galope Hudson Street arriba desde el metro y pasaba ante el letrero escrito a mano en el escaparate de la tienda donde solían comprar comida china para llevar: «QUÉDATE EN CASA, TE LO LLEVAMOS NOSOTROS». Culpabilidad por separarse de los niños durante tantas horas, por no ayudar a Russell con la cena, por tratar de poner de nuevo en marcha su vida profesional, largo tiempo inactiva. Ay, quién pudiera quedarse en casa. Según su reloj eran las siete y cuarto. Todavía acostumbrada al ritmo lánguido del verano (solo hacía cuatro días que habían cerrado la casa de Sagaponack), apenas había tenido tiempo de darles un beso de despedida a los niños esa ma-

ñana, y ahora los invitados estarían a punto de llegar y Russell andaría como una moto cocinando y cuidando de los críos.

Mala madre, mala esposa, mala anfitriona. Mala.

En la época en la que anhelaba ser madre y se imaginaba cómo sería la maternidad, no le había costado nada formarse una idea de la dicha... de las escenas de ternura, de los momentos de *pietà*. Lo que no imaginabas era la culpabilidad y el miedo que pasaban a alojarse en la parte frontal de tu cerebro, como gemelos malévolos con los que no habías contado. Miedo porque siempre andabas preocupándote por lo que podía salir mal, en especial si tus hijos habían nacido, como era el caso de los suyos, tres meses antes de lo previsto. Imposible olvidar el espectáculo que ofrecían aquellos primeros días, intubados bajo el cristal, sus cráneos como cáscaras de huevo surcadas de venas, sus miembros rosáceos retorciéndose en la incubadora: una imagen que seguía ahí incluso cuando crecían, recordándote hasta qué punto eran frágiles esas criaturas, hasta qué punto eran endebles tus propias defensas. Y culpabilidad porque nunca podías hacer suficiente. Nunca había tiempo suficiente. No importaba cuánto amor y cuánta atención les prodigaras, siempre temías que no fuera bastante.

Corrine se había convertido en una entendida en culpabilidad; aunque en su caso no se trataba de una puñalada de remordimiento por un acto mal concebido, sino más bien del latido insistente y sordo de la culpa crónica, pese a que había hecho todo lo posible por reorganizar su vida en torno a sus hijos, dejando su empleo para ocuparse de ellos y, durante los dos últimos años, invirtiendo jornadas muy flexibles en trabajar en un guion y en un proyecto que era la otra cara de pasarse las vacaciones trabajando: una empresa emergente llamada Momtomtom.com, que había estado a punto para un lanzamiento a lo grande la primavera anterior, justo cuando la burbuja de internet empezó a desinflarse y el capital riesgo se secó. Esa tarde, se había pasado cuatro horas presentándole el proyecto a un posible inversor, tratando de conseguir el capital inicial para poner en marcha la página web. A medida que esa clase de perspectivas iban perdiendo fuerza, había tratado de

centrarse en el guion, una adaptación de *El revés de la trama* de Graham Greene, organizando reuniones con posibles interesados. Y luego, ahí estaban los teóricos sujetalibros de su existencia, el maternal y el romántico, este último sumergido y casi extinto. De hecho, esa había sido su secreta intención al escribir aquel guion: despertar de nuevo las brasas del amor y reavivarlas para que cobraran vida.

Corrine no había querido ser una de esas madres que le pagan a alguien por criar a sus hijos; durante los primeros cinco años, para asombro de sus amigos y antiguos colegas, se había quedado en casa. Manhattan era un espacio existencial, en el que la identidad iba en función de los logros profesionales; solo a los muy jóvenes y a los muy ricos se les permitía estar ociosos. Los segundos, como su amiga Casey Reynes, tenían sus obras benéficas y sus ayudantes e, inevitablemente, se las apañaban para dar la impresión de que todo eso constituía una tarea extenuante. Al principio, Russell le había prestado su apoyo en su forma de entender la maternidad, pero a medida que pasaban los años y la gente de su edad iba comprando casas de veraneo en los Hamptons, no era capaz de ocultar sistemáticamente su resentimiento ante los apuros económicos, o su sensación de que su esposa-ama de casa se hubiera vuelto traslúcida, si no invisible, entre los muros de su loft: una niñera sin sueldo.

Escribir un guion era, en su círculo, sinónimo de estar en paro; acabar el primer borrador no le proporcionó la sensación de logro que había esperado. Al fin y al cabo, un guion era una especie de objeto teórico, una receta, más que la comida en sí. Y hasta la fecha no había tenido mucho éxito a la hora de mezclar los ingredientes. Por eso, cuando los niños empezaron el parvulario el año anterior, Corrine había tratado de transformar su obsesión por la crianza de los hijos en una profesión, dándole un carácter formal al corpus de conocimientos que había adquirido como madre urbana a tiempo completo y tratando de convertirlo en un recurso *online* viable y accesible. Si ese plan no funcionaba, tendría que volver al mercado laboral, tanto por el bien de su autoestima como para

costear los treinta y cuatro mil dólares de las matrículas de los niños.

Un indigente había acampado a la sombra de un andamio en la acera de enfrente de su edificio, una imagen no tan habitual como diez años antes. Era un tipo joven, cubierto de mugre y con una desastrada barbita de chivo. A sus pies tenía un bull terrier con correa y un vaso de café de plástico.

—Eh, preciosa —le dijo cuando ella pasaba a toda prisa—. Necesito una mamada. Y una casa en los Hamptons. Y que me den un papel en una película.

Corrine se detuvo, procesando la ironía (a su marido ese momento le habría encantado y lo habría añadido sin dudar a la colección de anécdotas que utilizaba para ilustrar la cómica singularidad de su mujer), pero en lugar de reír se puso a pensar en las «necesidades». En lo que necesitamos para hacer de nuestra vida algo soportable.

De pronto volvió en sí y vio al mendigo mirándola boquiabierto.

—Pues yo necesito romanticismo —dijo, echando un dólar en el pozo de los deseos que era el vaso de aquel hombre—. ¿Qué ha sido del romanticismo?

Irrumpió en el apartamento ansiando ver a sus hijos, que en el transcurso de aquella tarde podían haber muerto, haberse abierto la cabeza contra el borde de esa mesita que siempre se prometía sustituir, haber sido víctimas de un secuestro o haberla olvidado por completo. Cualquiera de esos supuestos escenarios la habría sorprendido menos que ver a Hilary sentada en el sofá, jugando con los niños.

—Mami, a que no sabes qué... ¡No te lo vas a creer! Ha venido la tía Hilary.

A su hija, Storey, le encantaba dar noticias y anunciar cosas.

Y tenía razón, no se lo podía creer. Lo último que había sabido de su hermana pequeña era que estaba en Los Ángeles. La semana anterior, sin ir más lejos, había tratado de llamarla, y la única res-

puesta que había obtenido era que aquel número ya no estaba disponible. Y ahora ahí la tenía, en Tribeca, recostada en su sofá con Jeremy en el regazo. Daba igual que Corrine la hubiera visto en multitud de ocasiones en los años intermedios: en su imaginación, la imagen de Hilary permanecía perpetuamente semicongelada en los quince años, la edad que tenía la última vez que habían compartido domicilio, así que siempre la sorprendía comprobar que su hermana era toda una mujer, y una bastante convincente, por cierto. Solo unas arruguitas fugaces en las comisuras de los ojos insinuaban que hacía ya unos años que pasaba de los treinta.

Lo primero que hizo Corrine, por puro instinto, fue coger a Jeremy y estrecharlo contra sí, pero el niño se retorció en lugar de abrazarla.

—Hola, hermanita. —Hilary se levantó ligera y ágil del sofá, con un toque felino acentuado por su camiseta de estampado de leopardo. Como para conservar la ilusión mental que Corrine se hacía sobre su juventud, aún se movía y se vestía como una adolescente, y con el cuerpo que tenía daba el pego—. He pensado que te daría una sorpresa.

—Pues... pues sí, me la has dado.

Con retraso, Corrine abrazó a su hermana con el brazo que no sostenía a Jeremy: un bocadillo de hermanas, con su hijo (¿el de ambas?) en medio. Estoy sorprendida, sí, se dijo Corrine... aunque llegaba un punto en que lo imprevisible se volvía habitual.

—Estás... estupenda —concluyó.

—Gracias.

—La tía Hilary ha estado en París —intervino Storey.

—¿En París?

Jeremy se liberó de los brazos de Corrine y se dejó caer sobre la otomana.

—Bueno, en realidad hoy vengo de Londres, pero he pasado en París estas últimas dos semanas.

—Ha visto a Madeline —anunció Storey sosteniendo en alto su libro favorito—. ¡Sabes, mami! ¡La tía Hilary conoce a Madeline! ¿Por qué no nos lo habías contado?

—No tenía ni idea —contestó Corrine, dirigiendo una mirada recriminatoria a su hermana—. Aunque, la verdad... ahora que lo pienso, no me sorprende en absoluto. Vuestra tía Hilary conoce a todo el mundo en todas partes.

—¿De verdad? ¿En todas partes?

—Es solo una pequeña broma de mamá.

Era cierto: no podías ver una película ni abrir una revista sin que Hilary soltara algún comentario íntimo sobre los personajes famosos que aparecían en ellas en dos dimensiones. ¿Por qué no iba a conocer a Madeline?

—Tía Hilary la vio en la torre Eiffel con la señorita Clavel y las demás niñas.

—¿Qué tiene de especial Madeline? —quiso saber Jeremy—. Solo es una niña pequeña.

Qué propio de Hilary decirle a Storey que conocía a un personaje ficticio, puesto que la ficción era su gran especialidad. Corrine no quería que se burlaran de su hija cuando relatara semejante triunfo en el colegio. Ya abrigaba sentimientos encontrados hacia los Peluches, las criaturas de cuento de hadas que ella misma había inventado para sus hijos cuando tenían tres años y que contaban con sus propias biografías y una casita en el cuarto de los niños. Y ya habían pasado por eso cuando Hilary había asegurado ser muy amiga de Barbie, con la que guardaba más que un leve parecido.

—Corrine —dijo Hilary—, ¿por qué me miras de esa manera?

—¿De qué manera? —quiso saber Storey—. ¿De qué manera te está mirando? Mamá, ¿qué quiere decir?

Jeremy daba brincos en el sofá.

—¿Tienes dónde quedarte?

—Collin tiene un loft en el SoHo... Tenía que llamar a sus vecinos para que me dieran las llaves, pero creo que tengo mal el número o algo así.

Como si ella debiera saber quién era ese Collin, pensó Corrine. Algún puto camello, un aristócrata inglés de tres al cuarto o un contrabajista, seguro, si la experiencia no le fallaba. Señaló el sofá con un ademán.

—Bienvenida a la suite de invitados.

El suyo era uno de esos viejos lofts de Tribeca con forma de túnel, largo y estrecho como la propia Manhattan; fue el sitio más espacioso que pudieron encontrar con el dinero que tenían en 1990, cuando la zona aún se consideraba remota: un rectángulo de cinco metros por veinticinco y con un único cuarto de baño segregado de un local comercial de los años setenta. Primero habían puesto un tabique al fondo para tener un dormitorio, y después otro cuando nacieron los niños, y no paraban de decirse, a medida que pasaban los años, que probablemente ya se habrían mudado para cuando sus hijos necesitaran habitaciones separadas. Y ese momento ya había llegado. Según los expertos, la edad ideal eran los seis años, pero todas las posibles soluciones, por alguna razón, parecían requerir más dinero del que tenían.

Russell los estaba llamando desde detrás de la encimera de la cocina. Corrine se preguntó cómo estaría sobrellevando aquello.

—¿Puede bañarnos tía Hilary? —preguntó Storey—. ¡Porfi, porfi!

—Supongo que sí —contestó Corrine.

—Te echo una carrera hasta el baño —le dijo Storey a su hermano.

—Al cuarto de baño vamos a ir andando —terció Corrine agarrando a Jeremy del cuello de la camisa. En un intento de justificar el tono de irritación de su voz, se recordó que la semana anterior el crío había resbalado y había terminado con un moratón en la frente.

Russell, entretanto, estaba en pleno frenesí culinario en lo que llamaban «la cocina», conservando la nomenclatura de las casas con una habitación destinada a tal efecto: blandía su cuchillo alemán de casi treinta centímetros de largo, hacía malabarismos con sus adoradas cacerolas de cobre y sus sartenes francesas de acero, tan pesadas como las mancuernas sin estrenar que guardaba en el armario del dormitorio, un hecho que en opinión de Corrine tenía tanto que ver con la estética del macho aficionado a la cocina como con la distribución del calor. La cocina era una nueva esfera de competi-

ción masculina; últimamente, Russell, Washington y el amigo chef de este, Carlo, se habían aficionado a comparar notas sobre carnicerías y cuberterías del mismo modo que antaño diseccionaban equipos de música, grupos de rock de garaje y la obra de jóvenes novelistas. Durante quince años, Russell había estado perfectamente satisfecho con sus cazuelas Calphalon, un regalo de boda procedente de los grandes almacenes Macy's, hasta que Washington le contó que, según el chef de JoJo, eran para pusilánimes.

Corrine le dio un beso en la mejilla.

—Te prometo que no tenía ni idea —susurró—. Llevaba semanas sin hablar con ella... o meses, probablemente. No estarás enfadado, ¿verdad?

—No te preocupes, ella te ha eximido de toda responsabilidad.

Corrine se llevó un dedo a los labios. Russell solo parecía capaz de hablar en voz muy alta, una característica poco indicada si se vivía en un loft.

—Por lo menos no ha aparecido con algún gilipollas o delincuente. —Corrine rodeó con los brazos el torso de su marido—. ¿Va a echar a perder tu perfecta disposición de sitios en la mesa? No veo cómo vamos a...

—Tampoco es para tanto —zanjó Russell mientras picaba un puerro.

Corrine no podía creer lo que acababa de oír. Russell era un maniático con esas cenas. Podía darle un berrinche si ella añadía a alguien en el último momento. Se trataba de uno de los pocos aspectos de la vida en los que era un quisquilloso. Cuando se ponía el gorro de cocinero/anfitrión, todo tenía que salir perfecto. Por no mencionar el hecho de que ya estaba cansado de la historia de la cuñada pródiga, aunque no lo admitiera.

Corrine negó con la cabeza.

—¿Quieres decir que no te dará un infarto si tenemos un número impar de comensales?

—De hecho, esta tarde Salman me ha dicho que no vendría. Y luego ha llamado Jim para decir que Cody Erhardt está en la ciudad y que si no me importaba que se apuntara.

Ahora lo entendía todo.

—¿Salman ha puesto alguna excusa?

—Sí, una fecha de entrega, y que mañana se marcha de gira de promoción de su libro.

Corrine notó que estaba decepcionado, aunque le gustara fingir que tener a Salman Rushdie de invitado a cenar no fuera nada del otro mundo. Esa era una de las cosas que ella detestaba de Nueva York: que debieras mostrarte impasible y comportarte como quien no quiere la cosa ante personas formidables y actos públicos sobre los que habías fantaseado cuando vivías en tu Altoona o tu Amherst natal. Para cuando te encontrabas en la zona vip de las celebridades o sentado en el mejor reservado, probablemente estabas demasiado harto para admitir hasta qué punto te sentías afortunado o para disfrutarlo como antaño habrías imaginado.

En realidad, Corrine sintió alivio, pues en ausencia de su ilustre invitado pasarían una velada más relajada. Y no se trataba solo de Salman y su embriagadora aura de celebridad; su nueva novia era guapa en grado absurdo, hasta el punto de constituir una fuerza socialmente perturbadora. La última vez que habían cenado juntos, Russell quedó como un gilipollas con sus intentos por divertirla; además, habían sido amigos de la esposa de Salman, la madre de su hijo pequeño. Corrine no creía todo lo que leía en la prensa sensacionalista y se negaba a tomar partido en las disputas conyugales, pero esa los había pillado bastante cerca. Y todavía le preocupaba que explotara una bomba cerca de aquel hombre, aunque la fetua supuestamente se hubiese levantado. La gente que deseaba verlo muerto no era de la que perdonaba y olvidaba. A Corrine siempre la había puesto nerviosa que Russell saliera con él en Londres, y nunca conseguía relajarse del todo cuando lo veían en Nueva York. En los primeros tiempos, cuando estaba escondido en Londres, protegido por guardias de seguridad armados, Russell tenía un número de fax que se conectaba con él a través de Scotland Yard o del MI5. Era todo muy James Bond, lo cual, por supuesto, resultaba atractivo para la parte aventurera de Russell,

pero a ella, tras haber pasado una semana con su marido en Londres varios años atrás, haciendo la ronda de las fiestas de presentación de libros y encontrándose con Salman casi todas las noches, se le antojaba todo un poco absurdo. Si la policía secreta iraní, o quien coño fuera, tuviera la más mínima idea del tema, lo único que tendría que hacer sería mantener vigilado el circuito de cócteles literarios durante unas cuantas veladas y le echarían el guante. ¿Hola? ¿Es esta la fiesta de presentación de lo último de Martin Amis? Era una suerte, por supuesto, y a una la hacía sentirse un poco más segura, que aquellos fanáticos quizá no fueran tan peligrosos en países distintos al suyo. Desde luego Salman se había dejado ver mucho en Nueva York ese último año, y de momento no había pasado nada malo.

—Lo siento, cariño. ¿Te has llevado una decepción horrible?

—Lo besó en la mejilla mientras él entornaba los ojos para leer el libro de cocina abierto.

—Será agradable ver a Cody —contestó Russell finalmente.

Por lo menos las películas de Erhardt no habían ofendido a ningún fundamentalista islámico, que ella supiera, aunque sí recordaba que los fundamentalistas cristianos habían formado un piquete de protesta contra una de ellas. Unos años atrás, Russell había publicado un volumen con tres de sus guiones. Era un héroe para quienes creían que sus coetáneos de la generación del sesenta y nueve, aquellas leyendas responsables del breve renacimiento entre *Easy Rider* y *El cazador*, habían claudicado y sucumbido a las exigencias del mercado y a los costes de mantenimiento de sus casas y bodegas. O habían muerto, si no jóvenes, sí en pleno apogeo de sus excesos. Entre los cineastas capaces de nombrar tres directores japoneses que no fueran Kurosawa, esos para quienes la era indie moderna se iniciaba con *Sexo, mentiras y cintas de vídeo*, Erhardt era venerado tanto por su intransigencia y sus nobles fracasos como por las películas que había escrito o dirigido, una de las cuales, al menos, se consideraba un clásico.

A Corrine se le ocurrió de pronto que sería un gran director para su guion de *El revés de la trama*.

Y en lo que semejó uno de esos momentos de clarividente premonición conyugal, Russell comentó:

—Creo que Jim dijo que le había mandado una copia de tu guion.

—Eso sería... qué gran idea por su parte —contestó Corrine.

Aunque no estaba dispuesta a sacar el tema en la cena, a menos que lo hiciera él. Le horrorizaba parecer una trepa o una mercenaria, hecho que atribuía a su herencia de niña bien de Nueva Inglaterra; en su visión del mundo, los negocios y el placer se hallaban estrictamente separados. También era consciente de que esta era una idea peculiar y que contradecía por completo la esencia misma de la vida social en Manhattan.

Esas cenas siempre venían precedidas por una buena dosis de *Sturm und Drang*, y Corrine casi se preguntó si merecía la pena. Esa noche, el suspense lo había aportado Washington cuando llamó para decir que su mujer, Veronica, estaba enferma. Russell había invitado entonces a Carlo, quien, aparte de ser chef, un hecho que no podía sino aumentar los niveles de angustia y adrenalina, pertenecía a esa clase de neoyorquinos sociables con esposas fantasma. «Solteros casados», los llamaba Corrine.

—Puesto que sabemos que Carlo no traerá a su mujer —dijo—, ¿por qué no invitamos a Martha Stewart, y así ya te vuelves loco de atar?

—A Carlo le encantará Hilary —fue la respuesta de Russell—. Cuesta decir cuál de los dos tiene más probabilidades de empezar a meterle mano al otro. De hecho, a ella se la ve bastante cuerda y equilibrada, para variar. Además, está cuidando de los niños. Y tendrías que haber visto lo contentos que se han puesto al verla.

—En tres meses ni siquiera ha hablado con ellos.

Russell dejó de picar y alzó la mirada.

—¿Detecto cierta irritación?

—Solo era una observación. —El tema de su hermana era... bueno, digamos que peliagudo.

—A lo mejor es que ha captado cierta... no sé, cierta ambivalencia por tu parte.

—¿Y eso qué significa?

—No lo sé. Es solo que... creo que todos estamos tratando de entender la dinámica de este particular clan familiar.

Corrine le miró las manos y se estremeció con cada tajo de la reluciente hoja. Menudo patoso estaba hecho; no deberían permitirle empuñar ese implacable cuchillo alemán, vistas las cicatrices que habían dejado sus aventuras culinarias.

—¿Estás diciendo que soy una persona insegura?

Russell dejó el cuchillo y la abrazó, sin tocarle la espalda con las manos mojadas.

—En realidad solo es el típico drama familiar. Quieres a tu hermana, pero resulta que te saca de quicio.

Corrine permitió que la tranquilizara, al tiempo que intentaba recordar la última vez que Russell la había abrazado. Debería señalarlo en el calendario, junto con sus reglas cada vez menos frecuentes.

—¿Hay perifollo?

Ella esbozó una mueca.

—¿Peri... qué? ¿A qué viene lo de follar ahora?

—¡La hierba! ¡Perifollo!

Corrine le lanzó una mirada asesina. Madre mía, cómo detestaba que se pusiera tan tenso e insolente antes de una cena. ¿Para qué se molestaba? ¿Por qué no le bastaba con pedir comida china como la gente normal o encargarse algo a cuenta de la empresa en Dean and DeLuca?

—¿Cómo narices voy a...? —Bajó la voz—. ¿Y yo qué sé? Perifollo... Ni siquiera estoy segura de qué coño es eso. La cocina es tu territorio; y la comida gourmet, parte de tu receta de la buena vida, no de la mía. Yo no tengo la culpa de que hayas invitado a tu amigo chef y ahora estés de los nervios.

¿Perifollo? Su conocimiento de las hierbas aromáticas se limitaba a las que salían en aquella canción de Simon y Garfunkel.

—Perdona —dijo Russell.

—En otras palabras, no me estás haciendo una pregunta. Me estás diciendo que no tenemos perifollo y que confías en que te consiga un poco.

—¿Crees que podrías acercarte a la esquina?

Corrine suspiró. Supuso que eso era preferible a presenciar el creciente ataque de pánico del cocinero de la casa, pero quería explorar un poquito más el tema de Hilary.

Pensándolo bien, no, no quería.

—Bueno, ¿y quién viene exactamente?

—Carlo...

—Sigo sin entender por qué lo has invitado, a menos que solo seas capaz de recibir gente en casa bajo presión.

—Carlo no espera una comida de cuatro estrellas. Sencillamente agradece que lo inviten a casa de alguien. A todos los demás les da demasiado miedo cocinar para él.

—Bueno, pues me alegra verte tan relajado.

—Estoy bien.

—¿Quién más viene?

—Nancy Tanner...

—Nancy me cae bien.

Era la eterna solterona de su grupo. Cinco años atrás, Russell había publicado su primera novela, una historia sobre una eterna solterona, y se había convertido en un sorprendente éxito de ventas. Ahora Corrine añoraba los tiempos en los que no era tan evidente que las anécdotas de Nancy sobre pretendientes desastrosos constituían material de prueba para su próximo libro o para sus apariciones en programas de entrevistas, pero siempre decía, cuando tocaba defenderla, que se lo había ganado. Había pasado años muy duros, apretujada en un estudio sin ascensor en Yorkville, corrigiendo artículos sobre acné juvenil, noviazgos y dietas para revistas de jovencitas mientras pasaba de los veintitantos a los treinta sobreviviendo a base de canapés y pitillos e invirtiendo de modo intermitente sus esperanzas en algún pretendiente inapropiado a más no poder. Incluso si mentía sobre su edad, algo que había originado una auténtica tempestad en las columnas de cotilleos, ¿quién podía culparla? Las mujeres como Casey odiaban a Nancy porque era guapa y delgada y se negaba a actuar según sus normas, y porque daban por hecho que an-

daba persiguiendo a sus maridos. Visto que su propia vida estaba cada vez más limitada por los rituales de la mediana edad y la maternidad, a Corrine le gustaba conocer a alguien que aún correteaba por ahí tomándose más copas de la cuenta y follándose a desconocidos. Era posible que algunos estuvieran casados, pero Nancy nunca les robaba la pareja a sus amigas. Y siempre se podía contar con que dijera o hiciera algo inconveniente en la cena, un arte que a esas alturas, en los albores del siglo, prácticamente se había perdido en aquella casa, en especial desde que Washington Lee había dejado la bebida. Unos meses atrás, en la última cena que habían organizado, Nancy le había dicho a Paul Auster que haría bien en leer los libros de John Grisham «para ponerse un poco al día con las tramas».

De hecho, Nancy se parecía un montón a la hermana pequeña de Corrine, salvo porque Hilary no había escrito aún su libro ni había llevado a cabo la transición al «segundo acto» de toda vida: seguía siendo una fiestera a sus treinta y tantos, la amiga eterna, la fiel compañera de viaje, la actriz secundaria con una vida social de estrella del cine. Si Corrine no se equivocaba, Hilary iba camino de cumplir los treinta y cinco, la edad más aterradora para las urbanitas solteras, lo que Nancy había llamado en un artículo reciente «el equivalente femenino de la pausa de los dos minutos del fútbol americano». Quedaba tiempo, pero ya no mucho. El reloj biológico seguía su avance inexorable.

—Y, por supuesto, el cumpleaños y su arpía, Jim y Judy. Y Washington, y ahora también tu hermana.

—No sientes juntos a esos dos... a Washington y Hilary, quiero decir. Probablemente se meterían en faena debajo de la mesa.

—¿Dónde está el teléfono? —preguntó Russell mirando a un lado y otro entre el desastre de la cocina—. Tengo que preguntarle a Carlo una cosa sobre la carne.

A veces Corrine se planteaba cómo era posible que no se hiciera daño en el cuello girando la cabeza de esa forma, como un petirrojo chiflado en plena búsqueda frenética de gusanos.

—¿Qué estás preparando?

—*Poitrine de veau farcie.*

—Menudo coñazo puedes llegar a ser... ¿qué es eso para los profanos?

—Pecho de ternera relleno. Es un plato bastante retro.

—Suenan un poco pesados. Ahí fuera estamos a más de veinte grados.

—Eh, que el verano se ha acabado.

—Entonces ¿por qué te has puesto un polo?

Cuando Corrine asomó la cabeza en el cuarto de baño, Hilary estaba en la bañera con los niños. Abrió la boca, pero descubrió que se había quedado sin habla, incapaz de articular una reacción adecuada. La conversación con Russell la había hecho ser consciente de los sentimientos que abrigaba hacia su hermana, pero aun así tuvo la repentina y aterradora premonición de que Hilary había venido para quitarle a sus hijos, y tuvo el deseo, la necesidad, de sacar de inmediato a Jeremy de la bañera y llevárselo lejos de su... tía: esa era la primera palabra que se había formado en su mente, pero, por supuesto, Hilary era algo más que su tía, y ahí estaba el quid de la cuestión.

Trató de mitigar su indignación para centrarse en lo inapropiado que resultaba la desnudez de Hilary. Su cuerpo no era el de una tía o una madre, sino el de una joven actriz en pos del estrellato, un objeto de deseo más propio de las páginas de una revista. ¿Resultaría menos impropio que su hijo de seis años estuviera en la bañera con alguien de aspecto más juvenil, más aniñado? Sin embargo, Jeremy no parecía darse ni cuenta, con la espalda desnuda apoyada contra las tetas de su tía y un Pokémon en cada mano. ¿Y qué pasaba con Russell, que podía entrar en cualquier momento a comprobar cómo andaban las cosas? Cosas, eso eran, viéndolo desde la perspectiva de Russell: objetos con una existencia separada de su dueña. Tuvo la sensación de haber comprendido de repente un aspecto de la psique masculina, el poder cosificador de su deseo.

Trató de recordar la última vez que había visto a su hermana desnuda. ¿Siempre había tenido unos pechos tan «acentuados»? ¿Tan evidentes? Se sorprendió buscando cicatrices en ellos. Después de tantos años en Los Ángeles, sin duda tenía que habérselos retocado. Sería muy propio de Hilary hacer algo así, en todo caso. Como si pudiera leer los pensamientos de su hermana, Hilary empezó a enjabonarse los pechos y alzó hacia Corrine una mirada inocente y natural, o tal vez provocativa.

—Me ha parecido mejor lavarme un poco antes de disfrutar de vuestra compañía.

¿Les ofrecería a los asistentes un vistazo de sus pechos?, se preguntó Corrine.

Storey, que había estado tarareando con la boca cerrada, se lanzó a gorjear una canción:

Quando dices adiós
no quiere decir que te vas a morir,
así que no llores
cuando dices adiós.

—Qué canción tan bonita —dijo Corrine.

—Me la acabo de inventar.

¿De dónde sacaría esas cosas?

—Este es Pikachu —anunció Jeremy sosteniendo en alto un Pokémon, una obsesión que había acabado con la de los dinosaurios.

—¿Qué tal, Pikachu?

—Mamá —dijo Storey—, tía Hilary conoce a los Backstreet Boys.

—Estoy segura —repuso Corrine—. Estoy segura.

Corrine se estaba vistiendo cuando Russell, con su delantal del restaurante Chez Panisse, irrumpió para anunciar la llegada de Washington Lee.

Después de tantos años, las entradas de su marido aún le pare-

cían bruscas, rayanas en la payasada. Calloway el Patoso. Pero solía encontrarlo un rasgo entrañable, pues esos torpes bandazos y trompicones compensaban algunas de sus pretensiones más afectadas. Echó un vistazo al reloj.

—¿Te acuerdas de cuando Washington siempre llegaba dos horas tarde?

—Eso era antes de que dejara de beber. Ahora quiere cenar a las seis y media y estar de vuelta en casa a las diez.

La extinción de aquella genialidad vivaracha que surgía cuando Washington se había tomado unas copas daba un poco de pena. Por norma, Corrine no se sentía especialmente atraída por los hombres negros, pero aquel brillo en sus ojos a medida que iba cogiendo el ritmo, las pícaras confidencias que te hacía entonces, los comentarios escandalosos y obscenos siempre expresados con aplomo, su manera de jugar con tu miedo de ser una blanca poco enrollada para entonces sacarte del apuro en el último momento y permitir que te rieras con él de los blancos... Echaba de menos al chico malo de antaño, al que se ponía en pie, tambaleante, cuando se servían los postres para recitar versos en una mezcla de lenguas y luego se follaba a una de las invitadas en el baño. Era divertidísimo hasta el momento en que se volvía sencillamente torpe, un momento que empezó a llegar cada vez antes en las veladas, mientras, al mismo tiempo, se iba volviendo menos encantador, sobre todo desde que se casó con Veronica y tuvieron un bebé. Fue entonces cuando lo dejó del todo, en seco, y aunque ahora fuera un elemento menos impredecible, Corrine echaba de menos aquella chispa, aquel brillo diabólico... Las luces se iban amortiguando a medida que pasaban de los cuarenta, y las luces de algunos se habían extinguido por completo.

Russell se quitó el delantal y hurgó en el armario.

—¿Tienes idea de cuánto tiempo se va a quedar Hilary?

—No he tenido oportunidad de preguntárselo. —Corrine lo miró—. De verdad que no te importa, ¿no? Sabe Dios que estamos en deuda con ella.

—Hilary me cae bien —contestó Russell—. Hilary me vuelve

loco. —Sostuvo en alto una de sus elegantes camisas inglesas a rayas—. ¿Qué te parece? Con americana sport y tejanos.

—Muy Upper East Side para una velada en casa —respondió Corrine. Le hacía gracia que Russell se sintiera tan orgulloso de su forma de vestir, un tanto carca e inconformista, en especial desde que se habían mudado a la parte baja de Manhattan. Era uno de los pocos seres humanos al sur de la calle Catorce que no tenía un par de tejanos negros.

—A lo mejor puede hacernos de canguro —sugirió él—. Bueno, no es que crea que tenga un talento innato para ello, pero... por otra parte...

—Vale más que no nos metamos en esa otra parte —interrumpió Corrine, señalando con la cabeza a Jeremy, que había aparecido en la puerta.

—Oye, papá, ¿qué coche corre más, un Ferrari o un Porsche?

—Depende —respondió Russell.

—El padre de Jimmy Clifton tiene un Ferrari, pero el de Asher Gold tiene un Porsche.

—El Ferrari —dijo Russell.

—Ya me parecía a mí. Gracias, papá.

Ese era uno de los peligros de criar niños en Nueva York, se dijo Corrine, al menos si intentabas subsistir con menos de doscientos cincuenta mil dólares al año. Ferraris y Porsches. Cuando se habían mudado al loft, Tribeca era un barrio fronterizo poblado por artistas, músicos y familias que no podían permitirse un apartamento en la zona alta y a los que no les importaba recorrer diez manzanas para hacer la compra, pero en los últimos años se había visto invadido por ejecutivos de Wall Street, famosos y príncipes Kennedy. De haber sido propietarios de su loft, al menos se habrían aprovechado del aburguesamiento del barrio, pero como estaban de alquiler se habían quedado al margen de los beneficios del *boom* inmobiliario. Aunque por el momento no les habían subido el alquiler, vivían con el temor de que eso sucediera y tuvieran que pagar el precio de mercado de su piso. Corrine había tratado de convencer a Russell de buscar algo en Brooklyn o incluso en Pel-

ham, un refugio no demasiado lejano para los cultuquetas de mediana edad, donde había casas para reformar y escuelas públicas decentes, pero él estaba resuelto a seguir en Manhattan y afirmaba que era demasiado viejo para Brooklyn y demasiado joven para Pelham: una observación típica de Russell.

—¿Qué tal estoy? —Corrine se alisó el pelo hacia atrás y se volvió hacia él.

—Estupenda —contestó Russell sin mirarla.

—¿Cómo lo sabes?

Él se apartó del espejo ante el que se había estado arreglando el cuello de la camisa.

—Ese vestido no es mi favorito.

—¿Qué tiene de malo?

—La parte de arriba es demasiado ajustada, te hace plana.

—Es que soy plana. —Corrine visualizó los pechos de Hilary, su volumen y su turgencia.

—No, no lo eres. —Pareció tomárselo como algo personal, como si ella estuviera devaluando una propiedad conyugal.

Por su parte, Corrine estaba satisfecha con sus atributos y creía secretamente que la talla de sujetador era inversamente proporcional al coeficiente de inteligencia.

—Bueno, que apenas llene una noventa B no supone exactamente estar bien dotada.

—Me has pedido mi opinión, tesoro.

—Ve a ver si Storey se ha puesto el pijama... porque tengo que cambiarme.

Aunque no compartía necesariamente la opinión de Russell sobre el vestido, ahora se sentía acomplejada, un mal modo de empezar una velada. De repente todo giraba en torno a las tetas.

—Oye, mamá —dijo Jeremy—, ¿los humanos pueden transformarse?

—¿Qué quieres decir, cariño?

—Que si pueden cambiar, ser otras cosas.

Desconcertada, apartó finalmente la mirada del tocador y vio que el niño estaba jugando con uno de esos robots Transformer

que pueden convertirse en camiones, tanques y aviones.

—Muy buena pregunta, cielo.

—Bueno, ¿y pueden o no?

—Mejor pregúntaselo a tu padre.